

El zahorí

Miguel PAZ CABANAS

Primer accésit

Quién nos lo iba a decir, que el gacho nos saldría rana, que desataría un vendaval, que provocaría un cataclismo, si parecía un chinchinflas, un huevón, con su bigote lánguido y sus mejillas hundidas, como aquel sombrero de paja lleno de agujeros, no pesaba más de cuatro arrobas, se sostenía en pie de purito milagro, habían dado con él en Acapulco, rastreaba cosas por las playas, alianzas, pulseras, relojes, efectos que los turistas extraviaban en la arena, el chingado llevaba un artilugio al cuello, afirmaba que podía encontrar agua en el desierto, lo llamaban Segundo, solía llegar tarde a sus citas, vino subido a un chevrolet renqueante y no hubo forma de arrancarlo, me refiero al coche, él si rompió a andar, había nacido en un hospicio de Poza Rica, puede que de Cuernavaca, en su mochila traía chirimbolos inauditos: el arnés magnético y el detector con electrodos, la corona estática y un péndulo que titulaba matemático, decía que podía localizar cualquier portento, focos de radiación y corrientes subterráneas, acuíferos, pozas y vetas minerales, había que oír al de Cuernavaca, puede que fuese de Poza Rica, parecía media ración de algo, al alcalde le pareció chistoso, seguramente vio en él una forma de embaucarnos, llevábamos meses sin agua, ni una mísera gota de agua, los rostros mohínos, las gargantas sedientas, sufríamos una sequía pertinaz, puede que fuera el sol cegador de Méjico, o un castigo divino, había quien abogaba por tomar pulque, como mi hermano Juan, en porrón o en odre de carnero, sus hijos acudían ebrios a la escuela, a mi cuñada le brillaban las mejillas, peor que la sed era el polvo, aquel veneno infiltrándose en los arcones, en las alcobas y en las sacristías, no daba el agua para pasar la lengua por un sello, parecía que vivíamos en el desierto de Atacama, faltaban esas madejas hurañas que giran en los pueblos del Oeste, es posible que nos hubiese venido bien un sheriff, la llegada del zahorí trastornó a todo cristo, la gente reñía, se peleaba, todos requerían sus servicios, finalmente el alcalde optó por un protocolo leal, primeros las familias numerosas, luego los viejos, se apuntó el pueblo entero, todos excepto el pastor, *mis cabras sacan zumo de una piedra*, nos dijo, era un hombre de voz bronca, colmilludo, más ancho que largo, visitaba la cantina una vez al mes, bebía vino y vasos de mezclal, cuando vio al zahorí lo señaló con su cacha, *eres un farsante*, le espetó, el otro se quedó mudo como una piedra, como esas que lamían las cabras del pastor, se hizo un silencio terrible, el alcalde intercedió por él, *este cuate terminará con la sequía*, señaló, es posible que nos haga ricos: era una de las especies que corría por el pueblo tenía poderes sobrenaturales, podía dar con minerales valiosos, hierro, pepitas, cobre, *pero sin son tierras calizas*, gruñía el pastor, nadie le hizo caso, no hay soñadores más crédulos que los plañideros, se organizaron turnos

para explorar las tierras, cuanto más áridas mejor, resolanos y terrizos, cunetas y chaparrales, había quien buscaba agua en un pedregal, el zahorí no se daba por vencido, iba con su péndulo de la mano, la mirada ceñuda y absorta, su silueta recortada contra las tapias, un pasito para adelante y otro para atrás, un vistazo al cielo y el péndulo fijo, *caven aquí*, instaba, *cuanto más profundo mejor*, y los hombres se afanaban, briosos y arremangados, clavando con fuerza en un pelluzgón, arrancando raíces y piedras, triturando crestas y ortigas, doblando los riñones mientras sudaban a chorros, qué espectáculo, Segundo distribuía los tajos, al atardecer veías a los hombres con barras y azuelas, cavando como si les fuera la vida en ello, las fincas se llenaron de hoyas, el pueblo adquirió un aspecto lunar, fue entonces cuando el alcalde difundió aquel rumor, lo del tesoro de Zapata, se sabía que una de sus esposas había nacido en nuestra comarca, el alcalde insinuó que habían enterrado sus monedas bajo un árbol, una fortuna en chuchos de mil, el que más y el que menos se tragó la crónica, ya no era solo cuestión de minerales, de agua, se trataba del botín supremo, de las joyas de Zapata, el zahorí no daba abasto, andaba con el ojo pelón, su péndulo parecía el dedo de Júpiter, hasta Juan echo mano de un pico, el único que se mantenía al margen era el pastor, nos miraba como si fuéramos dementes, sus cabras ramoneaban tranquilas, nosotros removíamos cascajos en el cementerio, desenterrábamos cualquier cosa, sobre todo si era grande, sobre todo si era brillante, pero se vio pronto que carecía de valor, solo aparecían barreños, latas y morrillos, el alcalde imprimió una lista y la expuso en la plaza, cuando la leyó el aguacil se nos caía la cara de vergüenza: habíamos desenterrado charrascas, jícaras y cadenetas, se habían encontrado espuelas y serpentinas, incluso se dio con un orinal de vidrio y un peine de hierro, pero ningún botín, mucho menos un cofre con doblones de oro, el pueblo clamaba venganza, se sentía estafado, alguien rescató un fusil de pedernal y una soga de cáñamo inglés, querían fusilar a Segundo, colgarlo por los pulgares, dónde está ese pedigüeño, dónde se oculta el impostor, al cabo de dos días dieron con él, por lo visto también había cavado, se dio por hecho que para despistar, pero el zahorí gritaba que no, decía que había dado con algo tremendo, nadie lo creía, aquel hombre tenía cara de espanto, lo curioso es que no parecía que fuese con nosotros, había en sus ojos algo parecido a la calamidad, una sombra negra y funesta, como si hubiese venido de un lugar terrible, de un templo macabro, nos daba lo mismo, el alcalde y el de la judicial echaban chispas, sólo el pastor intercedió por él, las cabras se escondieron en el monte, éramos una turba chinchuda, le arrancamos el cuero, lo arrojamos por un talud, es posible que lo devorasen las alimañas, nadie se molestó en averiguarlo, aquellas tierras pardas se lo tragaron par siempre, tierras malditas y cerros viejos, llegamos a casa de noche, los gallos nos despertaron temprano, fueron los chamacos los testigos, los pocos chamacos del pueblo, ellos descubrieron la zanja, iban camino de la escuela, había huesos y calaveras, nombraban a Segundo, la había cavado con sus propias manos, decían, pero no era agua lo que encontró, tampoco un deslumbrante tesoro, lo que allí había, gimieron, bajo la tierra de Iguala, era una fosa común, los huesos de veinte estudiantes, un orificio de bala en sus cráneos mondos, entre sus ojos aterrados: quién iba a suponerlo, que la última playa que rastrearía aquel desdichado, el pobre zahorí, sería, nomás, la memoria de nuestro pasado más infame.

Café Renoir

Álvaro BERMEJO MARCOS

Segundo accésit

Lo primero que se ve al cruzar la vieja puerta art decó del Café Renoir es la mesa del billar al fondo. Pero enseguida, ya no puedes evitar esas dos copias del maestro del impresionismo -*La bebedora de absenta* y *La camarera del Folies-Bergère*-. En marcan un espejo que gasta la misma moldura dorada, y es justo ahí, en la mesa de enfrente, donde se sienta todas las tardes una mujer joven que tiene algo de la bebedora de absenta, algo de la camarera del Folies-Bergère. Parece esperar a alguien, insegura, nerviosa. De tanto en tanto, roza el borde de la taza suave e insistentemente con un dedo. Solo mira los cuadros, evita el espejo que, sin embargo, congela su imagen. Se diría que a través del azogue abre una puerta para ella, una puerta misteriosa, tal vez la cara oculta de su propia dimensión.

La gente entra y sale, los jugadores de billar hacen rodar sus bolas como obedeciendo a una extraña mecánica astral. Planetas en miniatura que dibujan sus órbitas exactas sobre el fieltro, per él no llega. Por la expresión de la mujer no resulta difícil advertir que se muere por verlo. Tal vez un día discutieron, se dirigieron esas palabras hirientes que proceden a una ruptura definitiva. Ella no lo ve así, por eso ha vuelto al Café Renoir, donde se conocieron, aquella tarde de lluvia, tanto tiempo atrás.

¿Por qué será que cuanto más violenta surge una pasión, más se idealiza? Es difícil llegar a entender la ambigüedad del punto de vista que hace que la desesperación de un ser humano pueda volver arte para los ojos de los otros. Basta reparar en dos cuadros: *La bebedora de absenta*, *la camarera del Folies-Bergère*, rebosan tristeza, desolación. La paleta del mango del impresionismo nos las presenta tan bellas como un amanecer, en un París novelesco donde, sin embargo, todo es decadencia.

Mientras espera, desviando cada tanto una mirada angustiada hacia la puerta, la mujer no advierte que los cuadros parecen cobrar vida, los colores brillan, irradian un extraño fulgor, hasta puede respirarse su perfume a licores fuertes, a cafés antiguos. Una marina, un paisaje, a veces parecen más que cuadros, ventanas. Hay pintores capaces de crear esa ilusión. También hay personas que sin saberlo, se convierten en réplicas de los cuadros que contemplan. Esa mujer no sabe que es una de ellas. Espera a su amante, como un sueño al que se amarra sin querer despertar.

Cae la tarde y los rayos de luz de algún atardecer pintando en algún cuadro caen también sobre el Café Renoir, mientras ella pide ahora ya solo un vaso de agua que bebe despacio, a

pequeños sorbos, algo más que hacer mientras continúa esperando al hombre que tanto extraña, que lo es todo, todo lo que necesita para seguir viviendo.

Le ha sobrado un azucarillo del café. Lo deja caer en el vaso y comienza a darle vueltas con su cuchara. El agua gira como un remolino en cuyo interior comienza a dibujarse un suave oleaje. Recuerda algo parecido a un mar en tempestad. Hay un barco, un velero, tal vez un bergantín, peleando contra la tormenta dentro del vaso. Ella no quiere verlo, no quiere imaginar que él viaja a bordo de ese barco a la deriva, golpeado una y otra vez por los maretazos de su imaginación. Sin haber probado ni una gota de licor, solo ese café y ese vaso de agua tan dulce que le sabe tan amarga, cuando vuelve a mirar los cuadros frente a ella puede jurar que la bebedora de absenta ha comenzado a conversar con el bohemio que ocupa la mesa contigua en el lienzo de Renoir, hasta que la camarera del Folies-Bergère atiende ahora a un escritor parnasiano acodado a la barra. Lo único que no advierte la mujer de la que te hablo, es lo que más le importa.

Allá, en el espejo alzado entre los dos cuadros, ha comenzado a perfilarse el rostro de un hombre como un vaho sobre el cristal. Sus ojos, su boca, todo en él debería resultarle familiar, pero, tal vez por el ángulo, o por la inclinación del espejo, ella no alcanza a verlo. A su espalda llueve, camina empapado bajo un sombrero flexible como sin sentir la lluvia. Agua dentro y agua afuera. Dentro del vaso y en su sueño, no lo llamemos delirio, porque ella no puede verlo, no lo siente ni lo presiente. Todo sucede como al trasluz de una fantasmagoría que no la posee, ni la alcanza. Apura otro sorbo de agua, le sabe aún más amarga, y no sabe por qué.

A su alrededor la gente no deja de entrar y salir con la misma cadencia que los jugadores de billar al fondo. No están como ella, ganados por el presagio, por el ensueño de llegar a ver en cualquier momento al ser más amado, al único, al que hace girar toda su existencia en torno a ese vaso de agua. ¿Cuánto tendré que esperar?, se pregunta. Nadie responde.

Se está poniendo nerviosa. *La bebedora de absenta, La camarera del Folies-Bergère*, los jugadores del billar, las parejas que matan la tarde en las mesas vecinas parecen mirarla solo a ella. Pero ello no ve el único rostro que debiera ver. Atrapado en el juego de agua del espejo, agua cristalizada, al fin y al cabo, el hombre que espera desde hace tanto tiempo tiende sus manos hacia ella, la llama – Isabel, Isabel, soy yo...-. Ella no puede escucharle, no lo ve, no lo siente salvo dentro de si misma. Solo nota las miradas de los demás, como si toda su existencia se cifrara o tuviera el sentido de existir solamente para provocar una emoción artística. Siente que todos la miran, sonriendo, ¿cómplices o complacidos? El único que no sonríe es aquel que, desde algo parecido al fondo del mar, desde el fondo de un vaso de agua, transparente y profunda, misteriosa, como el mismo mar, la llama en voz baja por su nombre -Isabel, Isabel...- sin que ella pueda oírle. Solo él sabe lo que ninguno de los otros puede imaginar. Puede ver su angustia, la ansiedad que la consume, sola, tan sola, esperando, siempre esperando.

Mientras apura un tercer sorbo la mujer evita mirar hacia el espejo para no verse la cara de martirio. Ya no puede advertir que el rostro ha comenzado a diluirse. Primero desaparecen, como

vaho sobre el cristal, como agua entre sus dedos, sus manos, luego su boca. Sus ojos todavía permanecen, la miran con ternura mientras empiezan a borrarse, desvaídos, lentamente. Ella comienza a rendirse, que también es una manera de borrarse, de desvanecerse, mientras piensa que se está convirtiendo en una composición artística, como *La bebedora de absenta*, como *La camarera del Folies-Bergère*. Se le ocurre un título para su propio cuadro: expuesta a los ojos de todos, ella es la mujer que se ahoga en un vaso de agua, en un espejo de agua, en un tiempo líquido, en el Café Renoir.

Pero, entonces la puerta se abre y ella siente que su corazón rompe a latir casi a golpes. Un hombre camina hacia ella bajo la lluvia que ha entrado con él en el café. Su vaso, que ya estaba vacío, comienza a llenarse con esa lluvia, agua de la memoria, agua de la añoranza. O tal vez sean sus lágrimas, agua bendita del corazón. Su rostro es el que se había asomado al espejo, del que ha desaparecido por completo. Ya solo refleja la magia líquida de un instante donde el amor vuelve a comenzar con una sola palabra -Perdóname_. Con el sortilegio de un beso que rescata a dos naufragos en una playa de ninguna parte que, sin embargo, nunca pintó el viejo Renoir.

© El Autor y La Asociación Literaria y Cultural Café Compás de Valladolid